

Édouard Glissant y las poéticas de la Relación

Claudio Gaete Briones

Institut Français du Chili

<https://orcid.org/0009-0008-7979-0514>

gaetebriones@gmail.com

Resumen

El artículo realiza un recorrido por la trayectoria de la vida-obra de Édouard Glissant, poeta y pensador martiniqueño —quien fue además director del Correo de la Unesco entre 1981 y 1988—, y resume las dimensiones históricas y culturales que la atraviesan. Asimismo, aborda los conceptos y los perceptos por medio de los cuales Glissant procesa y replantea el contexto antillano, configurando así una nueva concepción de la literatura mundial. Como parte misma de la descolonización, el discurso antillano ahonda en la idea de intención poética y opone a los sistemas universalizantes un pensamiento de la errancia, del anhelo memorial y de las huellas orales. La lectura de Glissant abre a un diálogo con otros escritores caribeños en torno a la opacidad de los procesos de acriollamiento y multilingüismo en situaciones neocoloniales.

Palabras claves: Glissant, intención poética, acriollamiento, memoria oral, Todo-Mundo

Édouard Glissant and the poetics of Relation

Abstract

The article traces the trajectory of Édouard Glissant's life and work, the Martinican poet and thinker — who also served as directeur du Courrier de l'Unesco from 1981 to 1988— summarizing the historical and cultural dimensions that underlie it. It also examines the concepts and perceptos through which Glissant analyses and reconsiders the Antillean context, developing a new conception of world literature. As an integral part of decolonization, Antillean discourse deepens the idea of poetic intention and opposes universalizing systems through a thought of wandering in which the desire for memory and oral traces converge. Reading Glissant opens a dialogue with other Caribbean writers around the opacity of creolization processes and multilingualism in neocolonial situations.

Key words: Glissant, poetic intention, creolization, oral memory, Whole-World

“Yo escribo en presencia de todas las lenguas del mundo”, dijo en uno de los seminarios nómades del Instituto del Todo-Mundo que él mismo había creado en París el año anterior, en 2007. El galpón en que tenía lugar la conferencia estaba repleto de asistentes que dábamos buena muestra de esa diversidad de lenguas en cuya presencia hablaba, en francés, el poeta martiniqueño: árabe, castellano, italiano, chino, inglés... Pero su intención no era precisamente otro *Finnegans Wake* sino la de actuar y por tanto la de escribir teniendo por horizonte todas las diferencias que hacen el mundo, los cuerpos, las hablas y las escrituras, la geografía y las memorias infinitas, y el modo en que estas se cruzan, se entretajan o se destruyen, mezclándose y necesitándose siempre, lejos de toda forma de jerarquía o supuestos privilegios culturales.

Sol de la consciencia

En este y otros encuentros Édouard Glissant, nacido en Bezaudin en 1928, iría reuniendo las teselas de su vida-obra en el mosaico de una poética de la Relación en el mundo. Más que una estética, una ética de la ecología cultural y lingüística, indivisible de la ecología a secas, una lucha contra la reconcentración de los poderes en la mundialización contemporánea, que había comenzado a despuntar ya con la Negritud y el Feminismo, y que más tarde se amplía en un momento que él llamó Sol de la consciencia, refiriéndose a las grandes transformaciones en la configuración de las fuerzas políticas y culturales del mundo ocurridas durante la descolonización, proceso inconcluso que sin embargo suele situarse aproximadamente entre la independencia de la India (1942-1947) y la de Angola en 1975. En este periodo se suceden también las independencias de las Filipinas (ex-colonia estadounidense), Pakistán (ex-británica al igual que la India), Laos Vietnam Camboya (ex-Indochina francesa) y de casi todo el continente africano, si se considera que a comienzos de la década del 50 solo Egipto, Etiopía y Liberia eran estados independientes. La segunda guerra mundial contribuyó así a que los nacionalismos anticolonialistas desintegraran los imperios británico y francés, y lo que quedaba del belga, portugués y español.

Raphaël Targin “Thaël”, uno de los personajes que reaparece en sus novelas, presiente este amanecer de la consciencia al cruzar el Atlántico en la cala del Colombie, primer zarpe desde la capital martiniqueña, Fort-de-France, apenas acabada la guerra y el bloqueo:

Había esta ligereza del cuerpo y esta indecisión de todas las cosas sobre la marea negra que la espuma de la estela estriaba y que podía prolongarse en espíritu lejos tras el horizonte. La convocación de todos esos países que habían esperado en la noche, allende la faz visible de la tierra, que habían llevado hasta allí su carga de sufrimientos ignorados, de miserias no declaradas, pero que pronto iban a entrar en la televisión del mundo y a cruzar esa línea divisoria entre la noche y el día, lo invisible y lo visible, la ignorancia y el conocimiento. (Tout-Monde 160-161)*

Desarrollada en problemática gracias al esfuerzo de quienes nacen al mundo arrancando ellos mismos el derecho, esta consciencia-naciente de una poética de lo diverso no tardará en enfrentarse a otro sol, el “sol de las independencias” como lo llamó el novelista y dramaturgo marfileño Ahmadou Kourouma en 1968, un sol que abre paso a nuevas dominaciones extendiéndose por los nuevos países africanos en parte inventados por el proceso de colonización mismo, o sea, de unidad improbable.

Pero volvamos a los 50 y a dos eventos que fueron gravitantes en las primeras escrituras de Glissant. Piel negra, máscaras blancas aparece el 52. Su autor, el psiquiatra martiniqueño Frantz Omar Fanon, se pregunta cómo curar la alienación del sujeto colonizado, e hilvanando en un mismo análisis las dimensiones cultural, política y psicológica, concluye que la terapia debe pasar en última instancia por la revolución de independencia. No tardó en irse a luchar por ella, pero a Argelia pues en la Martinica no parecía posible, y tal situación no ha cambiado. La leucemia le causará una muerte temprana, en 1961, a los 36 años de edad, justo un año antes de la victoria del FLN.

El segundo es el Discurso sobre el colonialismo, publicado en 1955, donde Aimé Césaire desenmascara la complicidad de la “civilización europea” en el nazismo aplicado por siglos contra pueblos no europeos: árabes, culis, negros, americanos. Los campos de concentración son la evidencia de que los crímenes que se cometen fuera, lejos, tarde o temprano terminan por suceder dentro, en lo más íntimo. Elicura Chihuailaf vislumbraría también este hecho al afirmar que la dictadura fue la “pacificación” de los chilenos, es decir la aplicación, contra la sociedad chilena, de las mismas políticas genocidas y terroristas que el Estado ha aplicado desde el siglo diecinueve contra mapuches y otros pueblos originarios. Césaire llamaba a esto “el doble problema de la civilización occidental”: la explotación laboral y el (neo)colonialismo. Como Fanon y Césaire, Glissant trabaja desde las huellas de la memoria colectiva y de la memoria del paisaje, lo que se entrevé ya en los títulos de sus primeros libros, los de poesía: Un campo de islas.

* Las traducciones que se presentan en el artículo son de autoría personal.

(1953), *Tierra inquieta* (1955), *Las Indias* (1956, partiendo de los cuadernos de Colón, es el relato de la Trata en seis cantos al migrante-desnudo, esclavo deportado, el relato de la fundación que sigue al abismo primordial del pasaje del medio), también el ensayo *Sol de la consciencia* (1956) y la novela *El lagarto* (1958, nombre del mayor río de la Martinica).

En 1960 publica *La sal negra* y firma, junto a Fanon, el manifiesto de los 121, *Declaración sobre el derecho a la insumisión en la guerra de Argelia*. Al año siguiente, además de publicar *La sangre atada* y la obra de teatro *Monsieur Toussaint*, es cofundador del Frente antillano-guyanés por la autonomía, disuelto el mismo año por el gral. de Gaulle. Esto le significó ser expulsado a Francia durante cuatro años, tiempo en que se cría una segunda novela, *El cuarto siglo*, donde sigue remontando el río de la historia martiniqueña a través de dos familias de descendientes de esclavos, los Longoué, cimarrones, y los Béluse, que resistieron la vida en la plantación.

La intención poética

A fines de esta década aparece también un segundo libro de ensayos, *La intención poética*, en el que marca distancia del reduccionismo racionalista del estructuralismo, para el que la idea de “autosuficiencia de la lengua” conlleva una identificación del texto con una lengua más que con la palabra, el habla o el discurso de alguien. Aquí plantea que es lícito colocar la obra en frente de los libros que la constituyen, pero que en la relación obra- intención-libros el último término, los libros, constituye el real negativo del conjunto. “La literatura, dice, primero se dirige a él —a ese último término que es el libro— para revelar mejor, sin embargo, el sentido global donde la intención ha querido conducir.” (*L'intention poétique* 65)

La sangre atada se abre con la intuición de estos jirones legibles de un obrar que surca las memorias dispersas de la diáspora y el mestizaje:

a toda geografía torturada

No la obra tensa, sorda, tan monótona como el mar que esculpimos sin fin — sino destellos, acordes a la efervescencia de la tierra — y que abren en el corazón, por sobre la inquietud y la angustia, un estruendo de playas — siempre destituidos, siempre retomados e inacabables — no obras sino la materia misma en que la labor abre caminos — todos, ligados a algún proyecto que pronto los rechazó — primeros gritos, rumores ingenuos, formas cansadas — testigos, aunque incómodos, deste proyecto — que de encontrarse imperfectos se hallan solidarios perfectamente — y aquí pueden convencer de parar a lo incierto — lo que tiembla, vacila y sin cesar se vuelve — como una tierra que asolan — disperso. (*Le sel noir* 21)

Esta intención poética rompe el círculo de la biblioteca borgeana en mosaicos donde, torcidas, las memorias de la escritura-lectura y las memorias orales vuelven a asociarse. Derek Walcott, nacido en Santa Lucía, una isla que junto a la Martinica y otras conforma el grupo de islas de Barlovento en el mar Caribe, reconoce no ser ni la octava parte del poeta que habría podido ser si hubiera conseguido reunir todos los lenguajes y memorias que convergen en el archipiélago de las Antillas. Glissant y Walcott se orientan ambos hacia una idea de intención cuya parte extensiva o actualizada sería siempre menor, una especie de masa inconsciente de datos que subyacen y que la obra nunca llega a cumplir ni a cerrar, “pues la escritura es una ausencia consentida” (L'intention 35). De ahí que, según Glissant, el libro habría que abordarlo en todo su claroscuro, “cuando libera esta intención y cuando la ahoga” (14)

La intención poética se interroga también por la tragedia y la épica que están presentes en cada uno de nosotros, en la búsqueda de lo común entre la diversidad, de la relación por sobre la individualidad abisal. Una tragedia que se manifiesta al nivel concreto de los pueblos y de las tierras, mientras el epos (palabra, poema-relato) expresa el anhelo humano de religar, de relatar lo multilingüe. “La tragedia es de los humanos y de la tierra; el epos pronto será de lo Uno (de nuevo el Uno, a la espera de que se raje y siga diversificándose) interplanetario” (200). Le da la razón ese segundo robot que en agosto de 2012 llegó a Marte, aunque fabricado no solo por la curiosidad.

El reconocimiento de un destino y la construcción de un relato encarnan en cierto arraigo necesario a la relación, el del país y el paisaje, lo que el martiniqueño a menudo llama Lugar o limo; pero también en cierto desarraigo e imprevisibilidad asociados a la errancia que nos introduce en la diversidad. “Si vivimos, escribe, un tiempo de crisis en que la búsqueda de la referencia compartida ya no es posible, al menos un proyecto nuevo puede ser madurado: el que concierne a la relación entre tantas referencias diversas, lejos de un ilusorio y peligroso Universal” (199)

Conforme a esa primera afirmación, la de una escritura en presencia de todas las lenguas del mundo, el poeta comienza por reconocer esta diversidad en su espacio más próximo, porque no hay país consubstancial a una sola lengua, el plurilingüismo es la condición de todos los lugares del mundo, tant

más de aquellos surgidos en descolonizaciones recientes. El lugar —la Martinica, las Antillas, las que están antes del continente— es concebido por Glissant no solo como la tierra donde su pueblo fue deportado sino también como la historia compartida con otras comunidades, una historia vivida como no-historia. Las Antillas son una multi-relación, de ahí que el lugar no constituya cerrazón identitaria sino puerto abierto a la totalidad del mundo.

El acriollamiento

¿Qué es un país si no la necesidad arraigada de la relación en el mundo? La nación es la expresión agrupada y madurada de esta relación. Cada vez que la relación es oprimida, hay plenitud entre aquella y el país. Cuando la nación al contrario tiraniza al otro, domina la tierra, desconoce el mundo como relación consentida, se desnaturaliza. Por ello ciertos hombres en ciertas circunstancias escogen su país contra su nación. (L'intention 70)

Una aproximación al país-Martinica, como lo llama el marcador de hablas Patrick Chamoiseau, tendrá que asumir las cualidades vivientes de su sincretismo cultural y las diversas relaciones con el entorno en la cuenca del Caribe, un movimiento perpetuo de transformación recíproca a todos los niveles, desde el biológico hasta el cultural y lingüístico, que impide desembocar en una definición del ser, piensa Glissant, pues lo que hay es el siendo, es decir, existencias particulares que corresponden. Él llamó a este movimiento la *créolisation*, en referencia a todos los hijos de los mestizajes que tienen lugar durante las colonizaciones y en los países nuevos o departamentalizados. *Créolisation* quiere decir, literalmente, criollización o acriollamiento, de hecho se cree que la palabra *créole*, que luego el inglés incorporó tal cual desde el francés, viene del castellano *criollo* y del portugués *crioulo*, pero si bien comparten ciertos aspectos generales como el independentismo, lo épico y la tierra, no se puede afirmar que la *créolisation* sea una traducción del criollismo o mundonovismo hispanoamericanos, aparte de las importantes diferencias histórico-culturales, porque el concepto antillano reelabora abiertamente la idea de rizoma, propuesta por Gilles Deleuze y Félix Guattari, a la vez que critica la idea de raíz en lo que la metáfora entraña de “raíz cultural única”.

En el Mediterráneo Caribe se vivió un doble proceso, de adaptación de los africanos, asiáticos y europeos a Abya Yala (nombre kuna del continente americano), y de confrontación cultural entre los pueblos originarios y los que llegaban, generando lo que hoy se conoce como cultura *créole*. El

comienzo de esto lo describió Carpentier en *El siglo de las luces* (1962), en uno de sus pasajes más conocidos:

Aquí venían a encontrarse, al cabo de larga dispersión, mezclando acentos y cabelleras, entregados a renovadores mestizajes, los vástagos de las Tribus Extraviadas, mezclados, entremezclados, despintados y vueltos a pintar, aclarados un día para anochecerse en un salto atrás, con una interminable proliferación de perfiles nuevos, de inflexiones y proporciones, alcanzados a su vez por el vino que, de las naves fenicias, de los almacenes de Gades, de las ánforas de Maarkos Sestios, había pasado a las carabelas del Descubrimiento, con la vihuela y la tejoleta, para arribar a estas orillas propiciadoras del trascendental encuentro de la Oliva con el Maíz. (255)

En un libro de 1979 Walcott daría un testimonio personal de esta renovadora confusión de los rasgos: Solo soy un negro pelirrojo enamorado del mar,/ recibí una sólida educación colonial,/ tengo algo de holandés, negro e inglés,/ así que o no soy nadie, o soy una nación. (Collected poems 346). El problema, sin embargo, siguió siendo la contracara de los encuentros trascendentales exigidos por el colonialismo. En su Antología secreta el poeta haitiano Frankétienne relata su experiencia como hijo de una joven campesina violada por su padre adoptivo (un estadounidense) y declara haberse entregado a arreglar cuentas con la lengua francesa, “por espíritu de venganza, revolví violentamente, desconstruí, masacré y violé a la astuta y bella aristócrata orgullosa (...) golpeo las paredes de mi asfixia con el ariete de las palabras. Si a pesar de todo no se abren, un transeúnte escuchará la avalancha anárquica de mi lenguaje, o el s.o.s barroco de mi agonía”, “la violencia lingüística es a menudo, muy a menudo, una respuesta cultural a una insoportable violencia secular multiforme y pluridimensional, los traumatismos y los estigmas de una comunidad laminada por los horrores del colonialismo esclavista” (26 y 111). Como Glissant, la visión que Frankétienne se hace de la totalidad del mundo es la del caos, un caos que funciona pero cuyas estructuras fundamentales, que no paran de moverse, se nos escapan debido a nuestros déficits mentales, orgánicos o espirituales. La vida es el caos en su potencial de recreación y recombinación infinitas, lo que no es caótico es la muerte, monótona, uniforme. Kamau Brathwaite, el autor de *The Arrivants*, nacido en Barbados aunque radicado después en Jamaica, cree que la creolization es una fuerza oscura que ha llevado a los miembros de la sociedad jamaicana a elaborar un cierto concepto de sí mismos y los ha hecho jugar ciertos roles en los que

rápidamente creyeron, la creolization sería una forma de mirar la sociedad ya no en negro y blanco, esclavo y amo, unidades nucleares separadas, sino como partes que hacen la totalidad, por eso es que las direcciones o posiciones, las suposiciones o ideales asumidos a partir de las variadas bases culturales no tienen nada de fijo ni monolítico, “aunque haya blanco/marrón/negro, dice Brathwaite, hay posibilidades infinitas en estas distinciones y muchas formas de afirmar una identidad, se comparte una experiencia colonial y creole entre las diferentes divisiones, incluso si esta experiencia es interpretada diversamente”. (The development of creole society in Jamaica 310)

Son Malemort de Édouard Glissant y Dézafi de Frankétienne, aparecidas ambas en 1975, las escrituras que iban a desbloquear la visión interior antillana y a sacarla de su posición secundaria o periférica para reubicarla en el centro de las poéticas créoles contemporáneas. Es lo que piensan algunos escritores de la generación posterior como Patrick Chamoiseau, Raphaël Confiant y Jean Bernabé, signatarios de un controvertido Éloge de la Créolité en el que revelan la ebullición de una riqueza bilingüe rechazada y que por ello se mantiene como dolor diglósico.

Aquí conviene tener presente la diferencia que establece Glissant entre lenguaje y lengua. El lenguaje son las actitudes que uno toma frente a la lengua de una colectividad, ya sea lengua materna, o amenazada, o compartida, o electiva, o impuesta. “La lengua crea la relación, el lenguaje crea la diferencia.” (Le Discours antillais 552) Por eso es que los autores del Elogio creen que el lenguaje créole puede y debe transformar la lengua francesa, hasta la aparición incluso de interlectos, especies de intersticios créole-francés. “La lengua créole, dice Glissant, es una huella que jazeó en las palabras francesas” (Tout- Monde 280).

De forma casi simultánea se dan en América otras escrituras transfronterizas, como Borderlands/La Frontera: The New Mestiza de la escritora chicana Gloria Anzaldúa, el bilingüismo y la autotraducción en Lorenzo Aillapán, y la poesía dub de Mikey Smith. Voces y escrituras en las que un mundo difractado y recompuesto acaba dando de sí una consciencia no totalitaria de la diversidad total y de la gestación intercultural de las comunidades; se puede decir que son lenguajes que emergen desde la opacidad misma de la traducción social.

Barroco en la oralización y la opacidad

En otro de los conversatorios en que participó Édouard Glissant, esta vez el 2009, afirmó que en América Latina, y en particular en el Caribe, no se trataba de una estética sino de una ética barroca,

como si la proliferación de movimientos, imágenes, palabras, fuera posible gracias a la ausencia de un orden simbólico más o menos estable y unitario, de forma que la energía vital y mortal se difunde sin cesura. Ahora, desde el punto de vista de su operación en el lenguaje, Deleuze piensa que el rasgo del barroco es el pliegue que va al infinito y que, a su vez, el pliegue es una condición de lo viviente, las semillas, por ejemplo, comienzan por desplegarse a poco de haber sido plantadas. El pliegue o inflexión corresponde finalmente al evento.

La oralitura o literatura oral caribeña no está concebida como aspiración a un código preexistente que asegure la claridad comunicativa del evento, en cambio ella se despliega inseparable de la opacidad de las presencias y las significaciones, proliferante, poliglósica, intencional, inacabada: cada libro es parte de una obra en obras. La poética de la Relación supone que a cada cual le sea propuesta la densidad, la opacidad del otro; el derecho a la opacidad se traduce en una resistencia a las estrategias universalizantes de la transparencia. Mientras más resiste el otro, piensa Glissant, mientras más resiste en su espesor o fluidez, sin limitarse a ello, su realidad se vuelve más expresiva y más fértiles sus relaciones. “Vivir la relación, escribe, es talvez valorar la fragilidad, que convence” (L'intention 24)

Él entiende por oralización ciertas formas de creación escrita que buscan ser dichas en voz alta, volver a la voz y al oído, nutriéndose de las sabidurías orales y de su arte (acumulación, reiteración, digresión, inventiva desarreglada...). Está el ejemplo de la Beat generation (Ginzberg, Kerouac...), cuyo discurso poético se caracteriza por una oralización de este tipo, donde el grito se vuelve palabra escrita sin dejar de ser grito, aullido incluso; así también la oralización presente en las poéticas créoles no deja de encarnar la especificidad del decir, a pesar de ser una transcripción. Hay que precisar, sin embargo, que esto resulta más evidente en las novelas de Édouard Glissant que en sus poemas.

Anhelos memorial o la hantise de la mémoire impossible

Hay más de ochenta lenguas criollas hoy en el mundo y ha pasado mucha agua y mucha sangre bajo los antiguos puentes de las lenguas coloniales, las metamorfosis han sido enormes y numerosas, pero la demotización de la escritura, la oralización o como lo llamemos, no acaba nunca. La escritura toca la distancia, mientras el habla viva siempre va un paso más adelante, portadora de historias de las que pocos libros hablan y que son fundamentales para comprendernos.

El anhelo memorial que obsesiona a Glissant se manifiesta al menos en cuatro acciones: la recuperación, la reinvención, la memoria del presente y la proyección utópica, a partir de las tres

acciones anteriores, de un porvenir que rebase la desposesión neocolonial así como el monolingüismo preceptivo, un porvenir desde el cual derivar el presente. Este anhelo memorial ha transformado una memoria traumática casi sin literatura pero viva aún en la oralidad, en plenitud, resplandor del mundo, moralidad. “Es tal vez el signo mismo, escribe Chamoiseau, de que el calabozo más horrendo puede reflejar, o liberar, el resplandor del mundo. Que el horror mismo puede obligar a fastos”. (Un dimanche au cachot 342)

Digo moralidad tomando prestado el sentido que da al término Judith Butler para quien esta es un umbral donde el sujeto problematiza, o eventualmente se apropia de, el ethos en tanto conjunto normativo de comportamientos convencionales. Allí el sujeto cuestiona, a veces rechaza otras reitera, a veces singulariza hasta la excepción. Moralidad es entonces problematización, médula de libertad. De lo que va es de enfrentar, por la escritura, la tarea de reconstrucción de la expresión en un país dominado a todos los niveles, ya que uno de los primeros objetivos de la violencia colonial y política es la desarticulación del discurso, la destrucción del lenguaje y el tejido social, la instalación de una afasia colectiva. Afrontar el horror equivale a nombrar lo innombrable pues el horror excede por definición los límites de lo imaginable y representable, pensable y tolerable. En el contexto de una memoria colectiva tachada todo lo que ayude a salir del silencio y el ahogo dependerá de “hacer memoria”, como se dice. En fin, disentimos de Wittgenstein: de lo que no se puede hablar, lo mejor es hablar. En Chile esto es vivencia reciente y presente, y las generaciones activas en las últimas dos décadas han hecho un trabajo importante en esta recuperación de la voz y de la escritura en su pluralidad, aunque los límites siguen allí, fácticos y legales, enquistados en la escritura misma sobre la que se funda el desacuerdo social, una Constitución que aún no ha sido escrita colectivamente.

El anhelo memorial lleva a entrar en posesión de una potencia de acción y de una responsabilidad frente a lo que Glissant llama el estado de desposesión, en referencia al proceso de modernización extrínseca que ha vivido la Martinica, particularmente después de la segunda guerra mundial, que no es sino la evolución colonial francesa hacia la departamentalización, decretada por ley en 1946 y que clasifica como departamentos franceses de ultramar a la Guadalupe, la Martinica, la Guyana, la Reunión, Nueva Caledonia, entre otros lugares.

Antes de seguir se hace necesario ampliar la perspectiva histórica sobre la Martinica y aportar, como dice Patrick Chamoiseau, algunas “referencias cronológicas de nuestros impulsos por conquistar la ciudad” (Texaco 13), agrupadas según los materiales de construcción de las viviendas:

Tiempo del carbet (cabaña sin muros) y la ajoupa (choza): que abarca los siglos de los Arahucos y los Caribes, la llegada de los colonos españoles en 1502, el dominio francés de la Martinica a partir de 1635 con la fundación de la ciudad de Saint-Pierre y Fort-Royal, posteriormente llamada Fort-de-France, y la importación masiva de esclavos africanos negros desde 1680.

Tiempo de paja (siglo XIX): las casas martiniqueñas están cubiertas con la paja de las cañas de azúcar, las plantaciones esclavistas se desintegran y comienza el reino de las fábricas centrales. En 1848 se decreta la abolición de la esclavitud en las colonias francesas. Durante la segunda mitad del siglo comienza la llegada de los primeros trabajadores indios (culis), seguidos de africanos, chinos y siro-libaneses. En 1902 erupciona la Montagne Pelée (Montaña Pelada), destruyendo la ciudad de Saint-Pierre y ocasionando más de 30 mil muertos. Éxodo masivo hacia Fort-de-France, donde aparecen las primeras tomas y barrios populares.

Tiempo de madera-caja: desde comienzos del siglo XX hasta la ocupación de Francia por los nazis. Conscriptos antillanos son enviados al frente durante las dos guerras mundiales. En 1939 Aimé Césaire publica *Cahier d'un retour au pays natal*, gran grito poético de la Negritud. La Martinica se encuentra bajo bloqueo desde 1940, comienzan las hambrunas.

Tiempo de fibrocemento: la placa de fibrocemento, incluido su cancerígeno asbesto, recubre las casas mientras la economía azucarera se desploma. Césaire es elegido alcalde de Fort-de-France en 1945 y al año siguiente se promulga la ley por la que la Martinica deviene un departamento francés de ultramar. Hacia fines de los 50 hay nuevas olas de éxodo rural hacia la capital y el sitio de Texaco es invadido.

Tiempo de hormigón: desde los años 60 hasta nuestros días. De Gaulle viaja a la Martinica en 1964. Las cabañas se transforman en casonas, se inicia la gloria del hormigón y la aniquilación de la producción económica.*

La historización del problema se articula en uno de los libros más decisivos de Édouard Glissant, *El Discurso antillano*, publicado en 1981, mismo año en que asume como director del Correo de la Unesco, donde los necesarios arbitrajes entre los equipos de redacción nacionales lo confrontan a una escena en que opera una diversidad de enfoques, una suerte de prefiguración en actos del Todo-Mundo. En este Discurso plantea que la dependencia económica de las antiguas colonias se mantiene debido al provecho que una élite local saca de la política asistencialista de la metrópolis, lo que arroja como consecuencia una falta crónica de autonomía energética e industrial. En el plano psicosocial, a su vez, el análisis revela hábitos de no-producción, pasividad, mimetismo y autonegación que impiden el desarrollo de un movimiento de independencia.

* Tomado y reelaborado a partir de Texaco (1992) de Patrick Chamoiseau.

La inexistencia de una estructura colectiva autónoma y la transformación en colonia de consumo habrían venido gestándose, durante la época esclavista, en la insuficiencia densitaria del cimarronaje (al contrario de Haití) y, durante la época posterior, en una resistencia que, a pesar de no haber faltado en ninguna de las tres clases sociales que conforman el país-Martinica según el Discurso, tuvo prolongaciones inciertas ya que nunca permitieron la eclosión de la nación: primero entre los trabajadores agrícolas, con el desmigajamiento de la cultura popular surgida en el sistema de plantaciones, la erradicación de la producción y el corte de relaciones regionales que resultó de ello; otro tanto entre una clase media compuesta de mulatos y de hijos de campesinos o habitantes de las aldeas que habían recibido educación, pues en esta clase triunfó la ideología asimilacionista y la contratación masiva de funcionarios; y también fue vencida, o más bien desenmascarada, la resistencia fingida de los békés (antiguos colonos) a causa de esta misma erradicación de la producción y porque, si bien el principio de la departamentalización del 46 era precisamente que la inserción en la nación francesa daría garantías contra la explotación de los békés, a estos se les promovió en el sector terciario, en un intercambio de créditos públicos contra jugosos beneficios privados luego reexportados.

Para prever, insiste Glissant, primero habría que arrancar la iniciativa política, algo que ni la descentralización ni la regionalización permiten, algo que la élite no puede desear ni el pueblo martiniqueño concebir aún. Hay un dicho para esto en créole: Yo di zot libète pa ponm kannel an bout branch ! Fok zot désann raché'y, raché'y, raché'y ! (posible traducción: La libertad no es ná chirimoya en la punta e la rama! Teníh que arrancarla!). Pero lo cierto es que la conjetura de Glissant sigue firme tres décadas después: la autonomía fue rechazada por más de dos tercios de la población en un referéndum de 2010, aprobándose en cambio una evolución estatutaria como colectividad de ultramar, esto significa que una asamblea única gobernará la isla, pudiendo adquirir nuevas competencias pero con identidad legislativa respecto a Francia, o sea, sin autonomía. Patrick Chamoiseau lo pone en estos términos: “Por la semana vivo en un pequeño país privado de autoridad que llaman de ultramar (soy un ultramarino). Una metrópolis nos administra de lejos (soy un ultraperiférico). Agentes de un ministerio remoto nos desarrollan de presupuesto compasivo en presupuesto benévolo (soy el producto anestesiado de una tecnocracia postcolonial)...” (Un dimanche 22)

Pensamiento de la errancia en el Todo-Mundo

Édouard Glissant deja el Correo de la Unesco el 88 para aceptar un puesto de profesor en la Universidad

de Luisiana, apasionado por la parte créole del sur de los Estados Unidos. Aquí organiza coloquios interdisciplinarios con los que busca trazar un guión entre la Luisiana y las Antillas, en uno de ellos, por ejemplo, se encontraron cuentistas orales de ambas orillas; aquí también escribe la Poética de la Relación y relee a Faulkner, de donde surge el ensayo Faulkner, Mississippi, en el que desarrolla la tesis de que la obra del escritor estadounidense contiene, como concavidad, un no-dicho ontológico, el del crimen esclavista, de ahí la esencialización de los negros en ciertos personajes. A mediados de los 90 se traslada a la Universidad de la Ciudad de Nueva York, allí donde, según pensaba, a nadie se le ocurriría preguntarle qué haces aquí, porque todo el mundo podría hacer esta pregunta a todo el mundo.

En una de las entrevistas que le hiciera la escritora quebequense Lise Gauvin, entre 1991 y 2009, reunidas en *El imaginario de las lenguas*, Glissant reconoce en la errancia virtudes que él llama de totalidad, en cuanto es “la voluntad, el deseo, la pasión de conocer la totalidad, de conocer el Todo-Mundo”, pero también virtudes de preservación ya que “no se quiere conocer el Todo-Mundo para dominarlo, para darle un sentido único” (*L’imaginaire des langues* 38). La errancia es lo que inclina el siendo a abandonar los pensamientos de sistema por una investigación de lo real; la errancia introduce en la diversidad y luego la diversidad conduce hacia sus sentidos.

La literatura del Todo-Mundo traza huellas donde se estremecen historias y no una Historia, huellas que son apenas un soplo y que nos llevan y distribuyen a través de tantas historias. Frente a la utilidad predatoria de las rutas coloniales antillanas se despliegan infinitos y pequeños senderos que, como en el campo chileno, se llaman huellas (traces). Hechas por los negros cimarrones, los esclavos, los criollos mestizos, a través de los bosques y cerros del país, las huellas permitieron entrar en relación desalienada con el paisaje y dan testimonio de una espiral colectiva que la línea recta de la colonialidad no había previsto. El cimarronaje prefigura la descolonización y el surgimiento de más de la mitad del mundo desde la noche, el sol de la consciencia.

Glissant y las generaciones posteriores han tomado el relevo del cimarronaje recreándolo como escritura. La memoria cimarrona toma, retoma, reinventa estas sendas casi invisibles, huyendo hacia la realidad, dejando el país oficial, buscando el país enterrado. La figura histórica del cimarrón se vuelve así metáfora de la brava errancia, nacimiento a lo relativo encarnado en el mundo. El pensamiento de la huella está vivo, cree el poeta martiniqueño, el pensamiento de sistema al contrario está muerto, aunque siga siendo mortal. Después de la *Trata sobre los océanos* la huella siguió su camino de generación en generación, así la música, el jazz, la biguine, el reggae, la salsa, como huellas que se rebasan.

A modo de reescritura de uno de sus primeros poemas, Elementos, publicado en 1948, algunos meses antes de morir, el 3 de febrero de 2011, Édouard Glissant agregó un último libro a sus casi cuarenta publicaciones: La tierra el fuego el agua y los vientos, en el que reúne, sin orden lógico ni cronológico, escritos provenientes de las más diversas épocas y lenguas y géneros, proponiendo así, como dice el subtítulo, su particular antología de la poesía del Todo-Mundo.

Referencias

Ashcroft, Bill; Griffiths, Gareth; Tiffin, Helen. Post-Colonial Studies: The Key Concepts. Londres: Routledge, 2007. Impreso.

Butler, Judith. Récit de soi, traducción de Bruno Ambroise y Valérie Aucouturier de Giving an account of oneself (2005). París: PUF, 2007. Impreso.

Bernabe, Jean; Chamoiseau, Patrick; Confiant, Raphaël (1989). Éloge de la Créolité – In praise of Creoleness, traducción al inglés de M.B. Taleb-Khyar. París: Gallimard, 1993. Impreso.

Brathwaite, Edward Kamau. The development of creole society in Jamaica, 1770-1820. Oxford: Clarendon, 1971. Impreso.

–Middle Passages. Glasgow: Bloodaxe Books, 1992. Impr.

Carpentier, Alejo. El siglo de las luces (1958). Madrid: Akal, 2008. Impreso.

Césaire, Aimé. Discours sur le colonialisme (1955). París/Dakar: Présence Africaine, 2004. Impreso. Chamoiseau, Patrick. Un dimanche au cachot. París: Gallimard, 2007. Impreso.

–Texaco. París: Gallimard, 1992. Impr.

Deleuze, Gilles. Le pli. Leibniz et le baroque. París: Minuit, 1988. Impreso.

Fanon, Frantz. Peau noire, masques blancs (1952). París: Seuil, 1998.

Impreso. Frankétienne. Anthologie secrète. Montréal: Mémoires d'encrier, 2005. Impreso. Glissant, Édouard. La lézarde (1958). París: Gallimard, 1997. Impreso.

–Malemort. París: Gallimard, 1975. Impr.

–Le sel noir (1960), Le sang rivé (1961), Boises (1979). París: Gallimard, 1983. Impr.

–Poétique de la Relation. París: Gallimard, 1990. Impr.

–Tout-Monde. París: Gallimard, 1993. Impr.

–L'Intention poétique (1969). París: Gallimard, 1997. Impr.

–Le Discours antillais. París: Gallimard, 1997. Impr.

–L'imaginaire des langues, entrevistas con Lise Gauvin (1991-2009). París: Gallimard, 2010.

Impr.

–La terre le feu l'eau et les vents. Une anthologie de la poésie du Tout-Monde. París: Galaade en

coedición con el Instituto del Todo-Mundo y la Maison de l'Amérique latine, 2010. Impr.

Kourouma, Ahmadou. Les soleils des indépendances. París: Seuil, 1970. Impreso.

Walcott, Derek. Collected poems. 1948-1984. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 1986. Impreso.